

LA VIVENCIA DEL PRESENTE EN LA CONTEMPORANEIDAD POSMODERNA

María Amoretti Hurtado*

Para Manfred Pfister, Ihab Hassan es uno de los más insignes propagadores del posmodernismo, si no su inventor, Y no obstante, el mismo Hassan confiesa: "Todavía no puedo proponer ninguna definición rigurosa de él, en la misma medida en que no podría definir el mismo modernismo." (*Criterios*, #29, enero-junio de 1991. La Habana).

A pesar de los esfuerzos de Ihab Hassan y de muchos otros como Jean François Lyotard, Jürgen Habermas, Frederic Jamenson, Leslie Fiedler o Alfonso Toro, posmodernismo sigue siendo un concepto borroso, una nebulosa de contenidos dispares.

Posmodernismo es, pues, un concepto equívoco cuya naturaleza disyuntiva bien podría plantearse como sigue:

1. Para algunos, el posmodernismo es una ruptura contra el modernismo y una revueltada orientada hacia el futuro.
2. Para otros, el posmodernismo es una lógica extensión y culminación del modernismo.

Pero esta serpiente transparente de dos cabezas es un monstruo semántico inmanejable, capaz de dar vuelta y rosca para negarse a sí mismo y producir efectos semióticos tan violentos como la posibilidad de ser y no ser al mismo tiempo: la más evidente conflagración contra el principio de identidad.

Para ilustrar las contradicciones a que puede llevar el carácter disyuntivo de la noción posmoderna, tanto en la teoría como en la prácti-

ca, baste con comparar las estimaciones de los alcances de la intertextualidad en el marco del IX Simposio Internacional de Literatura en Paraguay, en 1991, con las apreciaciones de Manfred Pfister al mismo respecto y publicadas en ese mismo año de 1991 en la revista *Criterios*.

La noción de intertextualidad me parece muy conveniente para reflexionar sobre el nudo gordiano conceptual que significa el posmodernismo, ya que la intertextualidad, en sus diferentes acepciones y precisiones, es un concepto que se ha desarrollado a partir de ciertas actitudes frente a la contemporaneidad. Un examen de los abatares del concepto de intertextualidad nos llevaría, entonces, a los abatares mismos de la noción de posmodernismo.

En Asunción, el IX Simposio Internacional de Literatura se inclinaba por una valoración positiva de los aportes que la noción de intertextualidad había logrado en los últimos tiempos, tanto en el plano de la escritura como en el de la lectura; en aquella oportunidad yo misma me arriesgué a vislumbrar la intertextualidad, en tanto manifestación del principio dialógico bajtiniano, como una posibilidad de elevar el paradigma teórico literario a un paradigma más global en el que se inscribiera el saber general bajo modalidades de apertura disciplinaria, dentro de marcos epistemológicos reformulados en función de una nueva forma de racionalidad que no fuera incompatible con la imaginación o la intuición; todo ello orientado por un imperativo ético y espiritual que favoreciera una auténtica comunicación en el mundo del futuro.

En aquel Simposio, la intertextualidad se valoraba entonces como una respuesta alentadora y creativa capaz de dar el salto cualitativo que nos enrumbara hacia el futuro con una especie de

* Profesora en la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica.

conciencia planetaria basada en la multiplicidad y el polilogo. La intertextualidad se captó entonces como un elemento posmodernista por su implícita crítica a los signos de decadencia de la modernidad y por considerarse como una posibilidad correctiva, capaz de sustraernos de una inminente apocalipsis cultural caracterizada por la egoísta intolerancia monológica.

Todo lo contrario de los planteamientos de Pfister, para quien la intertextualidad como fenómeno posmoderno no es sino la elevación a rango estético de los elementos decadentes del modernismo.

A partir del análisis de los resultados que la aplicación de la teoría de la intertextualidad ha provocado en el ámbito angloamericano, muy concretamente con el examen de *Lost in the Funhouse* de John Barth y *Snow White* de Donald Barthelme, Pfister llega a concluir que el artificio intertextual ha convertido el arte - y la literatura en particular - en un reciclaje de material de desecho más que en un acto de creación. Retomando la noción de "playgiarism" de Raymond Federman, Pfister afirma que dentro de la perspectiva intertextual la originalidad sobrevive como un juego sofisticado con los textos existentes y con las estructuras tradicionales, en forma de alusión, cita, parodia o collage.

Pfister termina reduciendo la intertextualidad a una tecnología del saber simbólico gastado que ha convertido la literatura en una literatura del "rellenamiento", como la llama Barth. Por eso considera que la intertextualidad es la marca de fábrica del posmodernismo, pues éste no sólo la emplea como estrategia en la producción literaria, sino que además la exhibe, teoriza y tematiza. Una literatura posmoderna es, para él, una literatura autoreflexiva y autoconsciente, que trabaja por adición y enumeración de materiales clásicos y populares, del pasado y del presente, con un procedimienno que es teóricamente conceptualizado dentro de la misma ficción. En este contexto, una literatura ingenua teóricamente es considerada como trivial pues la literatura que se prestigia actualmente es la que se construye a partir de la puesta en escena de su propia conceptualización. Una literatura así concebida sólo puede nacer en los mismos seminarios universitarios. De ahí el surgimiento de estos nuevos "poetae docti", quienes siendo parte del "stablishment" académico le vuelve a dar a éste material

nuevo para análisis e investigación. De esta forma, la intertextualidad elimina la diferencia entre discurso teórico y discurso poético y propicia un reciclaje elevado a la segunda potencia.

Pero hay más. Al concebir la intertextualidad como un reciclaje de los desechos semánticos, el arte se asocia a lo comercial pues, al igual que la industria moderna, estimula el placer de lo dispar y heterogéneo y compite con ella en la moda del empaquetamiento; ya que de lo que se trata es de repetir interminablemente lo que se ha dicho y pensado, solo que de maneras siempre nuevas. Esta adicción al empaquetamiento y a la publicidad asocia la literatura intertextual al programa vital de la modernidad: el consumismo.

En resumen, por un lado tenemos una visión de la intertextualidad como una perspectiva dignificante, una especie de tabla de salvación y umbral de una etapa superior del conocimiento y la cultura; por otro, la intertextualidad se convierte en una traidora acentuación del mismo modernismo al convertir a la literatura y al arte en general en una más de sus tecnologías y en una manifestación adicional de la voracidad del consumo.

Esta es la misma nebulosa que se cierne sobre los conceptos de modernismo y posmodernismo, nebulosa que tiene su raíz en las formas como se conciba la relación entre pasado y presente.

Por eso, cuando se habla de posmodernidad yo preferiría hablar simplemente de contemporaneidad; de esta forma, propongo un replanteamiento de la temática trasladando la cuestión de la posmodernidad más bien a la consideración de que puedan existir diferentes formas de contemporaneidad identificadas por el carácter cualitativo del cambio y por la intensidad de su urgencia. Así, lo que de modo muy general llamamos posmodernidad, para mí es una forma típica de contemporaneidad que surge siempre ligada al término de un ciclo en la segmentación cronológica. En el caso de nuestra contemporaneidad, ella se enfrenta a la conclusión de dos ciclos, un siglo y un milenio, y esto es lo que a mi parecer ha producido un sentimiento más profundo de pertenencia a la contemporaneidad, hasta el punto de acuñar un término identificador de esta contemporaneidad: el posmodernismo.

En l
poraneida
trata de la
Todo el si
una angus
posmodern
Eco en su
Edad Med
Pero
tra se con
disímiles
fuertes co
de "insegu
raneidade
igual que
del fin del
guridad so
que nuest
destruiva
de la hum
A lo
de conter
cionadas
ha sido t
lizadores
un fenóm
una actitu
historia, j
cortes de
nios, aunc
gos más e
Esta
un períod
definida p
cación y d
corrientes
nacimiento
nueva. D
arquétipi
desvaloriz
neo y una
reintegrar
los origen
curso fem
ecológico
Ref
ideas de P
Para
modernis
relación
vivieron

En la historia sólo ha habido otra contemporaneidad ligada a esta misma condición, se trata de la sociedad del año mil en la Edad Media. Todo el siglo X estuvo efectivamente sometido a una angustia milenarística muy semejante a la del posmodernismo, como ya lo demostró Umberto Eco en su ensayo "Un proyecto alternativo de Edad Media".

Pero entre esa contemporaneidad y la nuestra se comparten temores bastante semejantes y disímiles al mismo tiempo. En ambas se dan fuertes corrientes apocalípticas y un sentimiento de "inseguridad", característico de las contemporaneidades milenarísticas; el siglo X estuvo al igual que el nuestro sometido también al temor del fin del mundo, pero los alcances de esta inseguridad son diferentes en nuestra época, debido a que nuestra contemporaneidad ha creado fuerzas destructivas de un potencial inédito en la historia de la humanidad.

A lo que quiero llegar es a que las formas de contemporaneidad están directamente relacionadas con una regulación arquetípica que no ha sido tomada en cuenta por los conceptualizadores del posmodernismo, quienes ven en él un fenómeno sui-generis cuando no es más que una actitud recurrente en ciertos espacios de la historia, justamente aquellos en que ocurren los cortes de tiempo, especialmente siglos y milenios, aunque se podría rastrear incluso en sus rasgos más elementales hasta en los fines de año.

Esta concepción del fin y el comienzo de un período posee una regulación arquetípica definida por dos constantes: la idea de una purificación y de una regeneración periódica; de ahí las corrientes apocalípticas y el deseo de un nuevo nacimiento, un hombre nuevo, una sociedad nueva. Dadas estas dos constantes, el sistema arquetípico siempre encuentra una forma de desvalorizar el momento histórico contemporáneo y una forma de manifestar la necesidad de reintegrarse a la unidad primordial del tiempo de los orígenes: la creación. En la actualidad, el discurso femenino cumple la primera función y el ecológico, la segunda.

Referidas a la regulación arquetípica, las ideas de Frederic Jameson se explican muy bien.

Para Jameson, una de las diferencias entre modernismo y posmodernismo es justamente su relación con el pasado, ya que los modernistas vivieron de algún modo una especie de traslape

entre el pasado y el futuro y en el paisaje modernista coexistieron realidades de momentos de la historia radicalmente diferentes (plantaciones labriegas junto a plantas productoras de automóviles, por ejemplo). Por el contrario, el mundo posmoderno ha barrido con el pasado al homogenizar totalmente la condición modernizada. En otras palabras, el modernismo se caracteriza por una situación de modernización incompleta y el posmodernismo por una situación de completa modernización. Aquel crea nuevas formas, pero éste las implementa y expande mediante la creación de nuevas tecnologías, las altas tecnologías. De modo que el posmodernismo resulta ser más moderno que el modernismo.

En el posmodernismo, la modernización, las altas tecnologías, originan la sensación de que todo es posible y de que nada puede ser igual de nuevo y con esta sensación se inaugura su radical ruptura con el pasado. Deshacerse de los viejos valores y mentalidades, hacer todo de nuevo con nuevas formas, transfigurar todo: he aquí el programa posmodernista.

Pero un cambio histórico real como el que quiere el posmodernismo, requiere la desaparición de la civilización en decadencia para que la emergencia de un nuevo mundo sea posible.

Esta caracterización del posmodernismo hecha por Jameson coincide plenamente con las contemporaneidades milenarias descritas en función del paradigma arquetípico.

De cierta manera, los planteamientos de Jameson convergen con los esfuerzos hermenéuticos de Habermas, aunque sólo sea en la coincidencia de los criterios seleccionados para la interpretación. Según Habermas, la clave de la distinción entre modernismo y posmodernismo está en las formas en que se combinan dos tipos de pensamiento: el histórico y el utópico. El primero, basado en la experiencia, se contrapone al segundo, basado más bien en un exceso de esperanza. El pensamiento histórico extrae del pasado las pautas que necesita para orientarse, mientras que el pensamiento utópico depende exclusivamente de sí mismo, de sus propias experiencias y formas vitales para obtener sus elementos normativos.

Así, para Habermas, la conciencia contemporánea posmodernista se caracteriza por el pesimismo que se deriva del fracaso de las utopías y de su pérdida de convicción en ellas.

No obstante, yo encuentro que el pensamiento utópico, entendido como una fuerza que propone alternativas que trascienden las continuidades históricas, sobrevive en nuestros días. De modo que los conceptos de Habermas me parecen más operativos que los de Jameson, pero las conclusiones de éste me resultan más convincentes. Me tomo la libertad, entonces, de tomar prestadas las nociones de Habermas para refutar sus propias conclusiones.

Habermas habla del agotamiento de las energías utópicas y de un futuro posmodernista teñido de pesimismo. Yo creo que justamente la sensación de angustia ante el futuro es la que renueva la energía utópica, como lo confirman los arquetipos míticos referidos al fin del mundo.

En la actualidad en que vivimos, el espíritu de la época ha generado dos fuerzas intelectuales que podrían significar un rebrote del pensamiento utópico. Estas dos fuerzas abarcan la generalidad de la forma vital humana: las relaciones de los seres humanos con el medio y las relaciones de los seres humanos entre sí. Me refiero a la ecología y al feminismo.

Dentro del contexto posmoderno, la ecología es la voz de alarma de la culminación del deterioro desencadenado por la modernidad, pero no renuncia totalmente a ella, puesto que considera irreversibles sus procesos, de ahí que su meta se proponga bajo la frase de "desarrollo sostenido"; su adversario más fuerte es el egoísmo de la economía y la relación lucro-naturaleza.

El feminismo es una corriente de pensamiento mucho más radical que la ecología en su relación con el pasado, y su rechazo va más allá de las formas vigentes. Su posición reaccional no se limita a la modernidad, sino a toda la historia anterior, pero comparte con la posmodernidad sus rasgos esenciales: lo que Derrida llama una provocación sin objetivos. Frente al vacío utópico que según Habermas caracteriza a la posmodernidad, el feminismo y la ecología significan una perspectiva utópica, una nueva utopía social, las únicas que se vislumbran actualmente después de la caída de la utopías políticas y por ello, en el ocaso de las que débilmente sobreviven aún, la ecología y el feminismo ocupan un necesario espacio.

Pero el feminismo es una utopía extraña, atípica, por eso prefiero referirme a ella como perspectiva utópica, más que como utopía propia-

mente dicha. Y digo esto porque, a pesar de los ingentes esfuerzos que el movimiento de la mujer ha venido haciendo en las últimas décadas, el perfil de su programa es todavía difuso y está agobiado de tremendas contradicciones. No ha llegado ni siquiera el momento de escribir la ficción de esa nueva sociedad y nadie, ni siquiera las mismas feministas ha logrado imaginar los contornos de ese nuevo mundo feliz.

Esto último no debe entenderse como una crítica mal intencionada contra el feminismo, sino más bien como la confirmación de su fuerte contenido utópico, pues la atipicidad de esta utopía está precisamente en la tremenda provocación que ella representa; ninguna utopía antes conocida la iguala en su audacia ni en su subversión crítica del presente.

Según los cálculos de la OIT, y tomando en consideración el ritmo de los cambios en este terreno, se requerirían todavía cinco siglos para lograr la igualdad genérica en las oportunidades de trabajo. Si de proporciones se tratara, me parece más bien poco tiempo, pues la experiencia histórica que el feminismo intenta neutralizar es prácticamente la totalidad de la experiencia humana, totalidad que se encuentra condensada en el concepto alrededor del cual este nuevo discurso ha tomado su más reciente forma: el falocentrismo.

La ecología habla de biodiversidad y el feminismo, en su programática actitud contra toda definición de lo femenino, habla también de la individualidad de la mujer, de manera que la marca que evidencia el núcleo metafísico en el que se abriga la creencia fundamental, la hipótesis de base de este paradigma, es el de la heterogeneidad; de ahí el rechazo de la obsesión definitoria, como la estrategia elemental y necesaria que ha asumido el feminismo para escapar del poder nominativo en que se asienta la cultura falocentrista.

¿Cómo elaborar un discurso feminista al margen de la propia cultura en que se asienta? ¿Cómo combatir la racionalidad instituida, si para persuadir e inducir al cambio se debe recurrir a ella? Este es el mayor reto que enfrenta la utopía feminista.

Y en cuanto a la ecología, iguales cercos la acorralan, constreñida como está por paradojas de la misma intensidad y, por lo tanto, tan solo constituye una perspectiva utópica. El hecho es

que la ec
con la di
producc
que más
turación

El

tampoc

porque,

que el p

concept

insosten

dido a

plano n

bien los

reciclar

consum

angular

culo in

H

que, p

social,

ante la

tament

abund

tudes

la ext

expos

visión

mund

iguald

el hon

termi

caso

algun

la cu

conm

prueb

to hg

vora

toda

zapa

sam

una

utop

per

pesar de los
o de la mujer
décadas, el
difuso y está
ones. No ha
cribir la fic-
, ni siquiera
maginar los

e como una
feminismo,
de su fuerte
dad de esta
nda provo-
topía antes
su subver-

omando en
en este te-
iglos para
rtunidades
atara, me
xperiencia
tralizar es
periencia
ndensada
uevo dis-
el falo-

dad y el
d contra
mbién de
ra que la
co en el
a hipóte-
a hetero-
n defini-
ecesaria
par del
tura fa-

nista al
sienta?
ida, si
recur-
enta la

rcos la
adojas
n solo
cho es

que la ecología no marca una verdadera ruptura con la dinámica del capitalismo, a cuyo modo de producción atribuye la catástrofe natural; sino que más bien plantea una especie de reestructuración en una escala global.

El mundo feliz de la utopía ecológica no es tampoco el del hombre natural de Rousseau porque, al igual que éste, la ecología tiene claro que el proceso de socialización es irreversible. El concepto de "desarrollo sostenido" es de lo más insostenible, ya que la vida del ser humano ha perdido a estas alturas toda autonomía, tanto en el plano material como en el ideológico. Porque si bien los desechos y la basura se pueden reutilizar y reciclar, la solución definitiva es la eliminación del consumo y el consumo es precisamente la piedra angular de la sociedad del trabajo que vive del círculo interminable de la producción.

Hasta tal punto llega este círculo vicioso que, por una especie de maniobra de ingeniería social, se pretenden reprimir nuestras angustias ante la disminución de los recursos naturales justamente estimulando una euforia artificial de la abundancia. Ni qué decir de la pléyade de actitudes ecologistas pervertidas en las que por salvar la extinción de las especies se inaugura una exposición de fotografías que pretende dar una visión diferente, totalmente humanizada, del mundo animal y en el intento por destacar la igualdad de derechos dentro de la naturaleza entre el hombre y sus compañeros del reino animal, se termina por desnaturalizar a los animales. O el caso del vegetarianismo, una ética nueva que algunos desprenden de la ecología, y en virtud de la cual la en otrora apetitosa visión de un filete conmueve ahora hasta las lágrimas, pues es la prueba fehaciente de una de dos cosas: o el cruento holocausto de una pobre vaca o la diabólica voracidad de esta homicida de los bosques. Y todas estas deploraciones de pie, en cómodos zapatos de cuero.

Feminismo y ecología, dos modos de pensamiento todavía en ciernes, tratando de esbozar una forma nueva para el mundo del futuro; utopías todavía informes, poco desarrolladas, pero que sin embargo se han ido convirtiendo en

el marco transformador y englobante de todo discurso contemporáneo: el ético y el político. Utopías informes, poco desarrolladas, pero que tienen ya la fuerza de toda utopía: la oferta de una esperanza y a ellas se está aferrando la actual humanidad porque la esperanza es justamente eso: lo último que debe perderse.

En resumen, hablar sobre la posmodernidad no es otra cosa que reflexionar sobre el modo en que la humanidad actual vive su presencia histórica, ensayar una respuesta, como recuerda Ihab Hassan, a la misma pregunta que formuló Kant hace ya dos siglos:

"¿Quiénes somos ahora?"

Y esta pregunta de qué somos, en este mismo momento, es, según Michel Foucault, el más verdadero de los problemas filosóficos.

Bibliografía

- Eco, Umberto. "Un proyecto alternativo de Edad Media". In *La estrategia de la ilusión*. Barcelons: Lumen. 1986.
- Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza Emecé. 1972.
- Habermas, Jürgen. "La crisis del estado de bienestar y el agotamiento de las energías utópicas". *Política, teoría y métodos*. San José: Educa. 1990
- Hassan, Ihab. "El pluralismo en una perspectiva posmoderna". *Crerios*, #29, enero-junio, 1991. La Habana, Cuba.
- Jameson, Frederic, "Modernity after postmodernism". *Theories and perspectives IV. Sociocriticism*. Vol V, 2, # 10, 1989. University of Pittsburg, U.S.A. - Université Paul Valéry, France.
- Pfister, Manfred. "Cuán posmodernista es la intertextualidad?" *Crerios*, # 29, enero-junio, 1991. La Habana, Cuba.